

vive en nuestros corazones, y hubiésemos estado cerca del pobre establo ; con cuánto amor hubiéramos corrido á preparar el lugar de su nacimiento !... ¡ Pobre establo de Belen, entonces, lo juro sobre mi corazón, no hubieras sido tan desmantelado ! Las almas piadosas os hubieran preparado seguramente, o buen Jesús, otro lecho más digno de vos, etc...

*Segunda parte.* Pues bien, hermanos míos, lo que entonces hubiéramos querido hacer, ¿ hay alguien que nos impida hacerlo hoy ? *Parate viam Domini.* ¶ En esta estación hay tantos pobres que socorrer, hay tantas miserias que necesitan de remedio !... ¿ Quién nos impide ver en esos hermanos indigentes al Niño Jesús ? La caridad hacia el prójimo es una excelente preparación... Aliviar las miserias es precisamente llenar un valle con respecto al pobre, á quien socorremos, y llenar un vacío con respecto á nuestro corazón ; vacío, causado por el excesivo apego á los bienes de este mundo : *Omnis vallis implebitur...* Luego una confesión humilde y sincera, que abata ese orgullo que..., ó á lo menos ese amor propio, que... *Et omnis mons et collis humiliabitur...* En fin completar esta preparación con buenos y santos propósitos. Somos descuidados, negligentes ; pues hagámonos fervorosos, etc... *Et erunt prava in directa, et aspera in vias planas...*

PERORACION. Después de las predicaciones, con que el santo Precursor inculcaba la penitencia como preparación para la venida del Mesías, añadía estas palabras : *Et videbit omnis caro salutare Dei.* Sí, hermanos míos, si hagamos realmente todos los esfuerzos posibles por prepararnos... aliviemos á los pobres... multipliquemos los actos de piedad, y dispongamos nuestras almas con una confesión sincera... para que sean ellas menos frías, menos húmedas, menos etc... que el mísero pesebre, en que Dios ha querido nacer... ¡ Oh de esta manera también nosotros *veremos al Salvador enviado de Dios !...*

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO QUE SE HALLA ENTRE LA OCTAVA DE NATIVIDAD.

(LUC, II, 33, 40.)

**El misterio del Nacimiento del Salvador es digno de nuestra admiración : esta admiración no debe quedarse estéril.**

TEXTO. *Et erant pater ejus et mater mirantes super his quæ dicebantur de illo.* José y María, madre de Jesús, estaban maravillados de las cosas, que de él se decían.

EXORDIO. Leemos en el Evangelio de hoy que, « en aquel tiempo José y María madre de Jesús estaban maravillados de las cosas, que se decían de él. Y Simeón los bendijo y dijo á María su madre : Este niño viene para ruina y resurrección de muchos de Israel y para ser blanco de contradicción ; y una espada traspasará tu alma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones. Estaba allí una profetisa, llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser ; la que había llegado á una edad avanzada, después de haber vivido siete años con su marido, con quien se casara siendo virgen ; y ésta era viuda como de ochenta y cuatro años ; y no salía del templo, sirviendo á Dios de día y de noche, entregada á ayunos y oraciones. Y como llegase élla á la misma hora, alababa al Señor y hablaba de él á todos los que esperaban la redención de Israel... Mas después que ellos lo hubieron cumplido todo, según la Ley del Señor, se volvieron á Galilea á su ciudad de Nazareth. Y el Niño crecía y se fortificaba, estando lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él. »

Parece, hermanos míos, que, en este santo tiempo se propone la Iglesia excitar nuestra atención y reconocimiento, apresurándose en detallarnos las varias circunstancias, que acompañaron el nacimiento del Salvador... En la misa de gallo nos ha recordado



la adoración de los pastores: el nacimiento eterno del Verbo, el adorable hijo de Dios está revelado en el Evangelio de Navidad: « *En el principio era el Verbo, y el Verbo era Dios,* » Dentro pocos días los Magos, guiados por una estrella, vendrán á adorarle, y desde hoy nos muestra al santo anciano Simeon, y á la profetisa Ana, recibiéndole en el templo...

PROPOSICION. Como no podemos dáros todas las explicaciones que reclamaría el relato evangélico, nos limitaremos hoy á fijar vuestra atención sobre estas primeras palabras: « *Los padres de Jesús estaban maravillados de lo que oían decir de él.* » En estas pocas palabras encontraremos una enseñanza, que quizás pueda sernos provechosa.

DIVISION. *Primero pues:* Admiración que debe causarnos el misterio del nacimiento del Salvador. *Segundo:* Efectos que debe producir en nosotros esta admiración. Hé aquí las dos reflexiones, sobre las cuales voy á ocupar brevemente vuestra atención.

*Primera parte.* Admiración que debe causarnos el nacimiento del Salvador. ¡ Ah, hermanos carísimos, la costumbre de ver ciertas cosas ó de oír hablar de ellas nos impide el que podamos admirar y apreciar lo que tienen éstas de admirable y asombroso. Supongamos que este mundo no haya sido nunca alumbrado más que por las estrellas, ó hasta, si queréis, por la luz de la luna: hé aquí pues el sol, que por primera vez vá á despedir sus brillantes rayos sobre la tierra. Sale y avanza; y cual rey majestuoso oscurece todos los demás astros, que desaparecen ante él; su deslumbradora claridad baña el universo entero en un océano de luz!... ¡ Qué asombro! ¡ qué admiración, si este fenómeno hubiese tenido lugar por primera vez, esta mañana!... Pero como sale todos los días, estamos ya acostumbados á verle, y no nos causa admiración. Y sin embargo, ¿ qué sería este prodigio de la aparición del sol por primera vez, comparado con la maravilla del nacimiento del Salvador?... Veámoslo; reflexionemos bien... No hay duda que hemos oído hablar mucho de este prodigioso acontecimiento, el cual se nos ha referido tantas veces con sus varias circunstancias, que ya no pensamos en él; y nos parece, en cierto modo, tan sen-

cillo y natural, como la salida del sol. Por lo tanto, os ruego, hermanos míos, que fijemos un momento nuestra atención sobre este misterio!... De que se trata?... ¡ Es el Hijo de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Verbo todopoderoso del Padre, que todo lo ha creado, quien vá á bajar sobre la tierra!... Le veis?... Pero no; no podéis ver, porque fué á media noche, y han trascurrido cerca de diez y nueve siglos desde este nacimiento!... Mirad al ménos con el espíritu y el corazón, ¡ veís aquel pobre pesebre, esa cabaña abandonada á cierta distancia de Belén! Penetremos juntos en aquel estrecho retrete; ¡ qué espectáculo se ofrece á nuestra vista!... Un poco de paja, un pesebre, un niño, San José, la Virgen María; porque ¡ oh dulcísima madre de Jesús, no quiero olvidaros!...

¡ Dios mío, qué frío, húmedo y pobre es este establo!... Estabas mejor adornado, ¡ oh pobre corazón mío, cuando hace apenas algunos días vino el Señor á reposar en tí? Pero sigamos... Mirad á este pequeño Niño, acostado en tan mísero lecho, con tal desnudez, que quizás ningún otro se ha visto con tanta pobreza... ¡ Es preciso cubrirle para preservarle del frío!... O María, o dulce María, calentadle con el calor de vuestro corazón, envolved con pañales al niño amoroso, que acaba de darnos el cielo... Mirad aún, hermanos míos, á ese niño que os sonríe, esa completa desnudez, con que ha querido nacer, esa paja que le sirve de lecho, ese pesebre, que es su cuna... ¿ Habéis mirado bastante? ¿ Qué os dice vuestro corazón? Es éste el Hijo de Dios, el Rey del Cielo, vuestro Salvador, que por vosotros se ha humillado y anonadado!... ¡ Oh, no tenéis corazón si no os arrodilláis ante él, no solo para admirarle, sino para adorarle!

José y María le adoraban y admiraban. *Et mirabantur.*

En vano los impíos se burlarían de la debilidad y pobreza de este adorable Salvador; en vano nos dirían con desprecio: « Hé ahí lo que admiráis, hé ahí lo que adoráis! ». Sí, hermanos míos, esto es lo que adoramos, lo que es digno de nuestra admiración!.. No oís sobre las montañas de Belén esos cánticos armoniosos de los ángeles: « ¡ Gloria á Dios en las alturas! » No veis, aún en



medio de la noche, acudir esos pastores? ¿Qué van á hacer, y quién les lleva allí?... Decidnos, o vigilantes pastores, ¿porqué abandonáis vuestros rebaños en medio de las tinieblas? Los lobos pueden devorarlos. — «Mientras estábamos velando en el monte ha bajado un ángel á decirnos: *Vengo aquí á anunciaros una nueva, que será motivo de gran gozo para vosotros y todo el pueblo. Hoy os ha nacido un Salvador. Y esto os servirá de señal para reconocerle; encontraréis al niño envuelto en pañales y puesto en un pesebre: es él.* Y entónces sumisos á esta voz, dejando nuestros rebaños á la guardia del Señor, hemos venido á adorar á este Mesías, que los profetas anunciaron, que nuestros padres han esperado, y por el cual estábamos tanto tiempo suspirando!...» Pero cuál es este nuevo astro que brilla con un resplandor tan inusitado?... ¿Estrella, qué vienes á anunciarnos? Ah, hermanos míos, léjos, muy léjos de Belen algunas almas buenas suspiran por la venida del Salvador; esta estrella es el mensajero encargado de anunciarles el cumplimiento de sus deseos. Comprenderán su idioma, y despues de algunos dias les veréis hacer sus honores y llevar sus regalos al niño que descansa en este pesebre... ¡Cuántos motivos de admiracion! Oh, hermanos míos, nunca podríamos admirar bastante la manera, como en este misterio aparece Jesucristo hombre y Dios á la vez. Hombre, al nacer como nace un pequeño niño, dejándose envolver en pañales y poner sobre la paja; Dios, al mandar á los ángeles que cantasen su nacimiento, y creando nuevos astros...

*Segunda parte.* No lo olvidemos empero, hermanos míos. Nuestra admiración no debe ser estéril. El Evangelio nos dice que no solamente la Santísima Virgen admiraba lo que se decia de su hijo, y las señales maravillosas que acompañaban á su nacimiento, sino que guardaba siempre el piadoso recuerdo de todas estas cosas, meditándolas en su corazon, *Maria autem conservabat omnia verba hæc, conferens in corde suo*<sup>1</sup>. O dulce María, aquí como siempre sois vos el modelo más perfecto que imitar podamos!... Y

1. Luc, II, 19.

en verdad, hermanos míos, ¿de qué nos serviría admirar la pobreza y humildad del nacimiento de nuestro divino Salvador, y los prodigios por los cuales se manifiesta su divinidad en su cuna, si no sacáramos de éllo resultados prácticos? Entónces se nos podrían aplicar aquellas palabras de san Agustín con respecto á aquellos, á quienes no convertian los milagros del Señor: «Ellos se admiraban, pero no se convertian. *Admirabantur, sed non corrigebantur.*» En efecto, nosotros hemos admirado y continuamos admirando la infinita bondad del Hijo de Dios al bajar á la tierra, y viviendo encarcelado nueve meses enteros en el seno de una Virgen castísima. Él, el Dios todopoderoso se ha dignado unirse á nuestra pobre naturaleza, y nacer en las humillantes condiciones, que ya os he referido... Le hemos adorado y hemos venido en gran número á este sagrado recinto, para solemnizar el día de su nacimiento. Varios de nosotros, en la solemne hora de las doce de noche, por medio de la santa comunión le hemos sentido nacer en nuestros corazones. ¡Ah! entónces habríase dicho, que le conocíamos, que estábamos penetrados de admiracion. *Admirabantur.*

Pero decidme, hermanos míos, si hay algunos entre nosotros, que realmente se hayan entregado á él, y se proponen ser siempre fieles á las resoluciones de este santo día, ¿no habrá algunos también, á quienes se les podría decir: «Habéis celebrado el nacimiento del Salvador, habéis admirado sus santas humillaciones, y á pesar de éllo, qué frutos habéis obtenido de las enseñanzas que os daba desde su humildé pesebre?... ¿Este amor, que os manifiesta, os ha impulsado á amarle más?... ¿Ha conmovido su pobreza vuestros corazones demasiado afectos á los bienes de este mundo?... Qué limosnas habéis hecho ú os proponéis hacer? Qué frutos han recogido los pobres de vuestra admiracion?... ¿Ha domado vuestro orgullo ese Dios todopoderoso que habéis admirado bajo la forma de un débil niño? La rigurosa estación, el frío, la desnudez, estos primeros sufrimientos, preludeo de los que sufrirá un dia en el Calvario, han debido conmoveros. Si tenéis corazon, los habréis admirado... Pues bien, ¿todo esto habrá sido bastante para enseñaros á no murmurar contra la Providencia, á soportar



las penalidades, á aceptar las pruebas, los sufrimientos y las cruces de la vida, sino con alegría, al ménos con resignación? »... Ah! hermanos míos, á cuántos de nosotros podría aplicárseles aquellas palabras, que ántes citaba: « Ellos se admiraban, pero no se convertían. *Admirabantur, sed non corrigebantur.* » Moisés, despues de varios prodigios hechos en favor de los judíos, decía á este pueblo ingrato: « Habéis visto todo lo que Dios ha hecho por vosotros en la tierra de Egipto y las grandes maravillas hechas en vuestro favor en muchas ocasiones, pero carece vuestro corazón de inteligencia y vuestros ojos están ciegos <sup>1</sup>. » Así, se les podría decir á aquellos, que solo se limitan á admirar la bondad de Dios y los prodigios de su misericordia, sin ocuparse de corresponder á su bondad y de merecer esta misericordia. Seamos pues, hermanos míos, imitadores de la Santísima Virgen, si queremos ser partícipes de las gracias de este misterio. ¿Y qué hacíais vos, o divina Madre de Jesús? — ciertamente no malograsteis una sola gracia, y todas produjeron en vos fruto centuplicado. — *María guardaba todas estas cosas, confiriéndolas en su corazón.*

Así es como debemos obrar nosotros, si queremos recoger los frutos del misterio que hemos contemplado hace algunos días. Conservemos bien su memoria en nuestro corazón, y recordemos las lecciones que nos dá Jesús en su primera entrada al mundo. Codicia de las riquezas, orgullo y sensualidad, hé aquí las tres pasiones que como un triple cáncer devoran lo mejor de nuestras almas, sin saciarlas nunca, y haciendo que siempre griten: « trae, trae. *Affer, affer* <sup>2</sup>. » Jesús nos enseña á combatir las con el desapego, la humildad y la mortificación... La mortificación, la conseguiremos si sabemos imponernos algunos sacrificios, resistir á ciertas pasiones y soportar con resignación los sufrimientos. La humildad, si tenemos una baja opinión de nosotros mismos, y si sabemos perdonar á aquellos, que nos han hecho alguna injuria. En cuanto al desapego de los bienes de este mundo, lo conseguiremos también, prefiriendo á ellos la ley de Dios, los de-

1. Deut., xxix, 2. — 2. Prov., xxx, 15.

beres que nos impone, y sobre todo socorriendo á los indigentes segun nuestra posición ó las facultades de que dispongamos... Insisto muchas veces sobre la limosna... Ah, hermanos míos, la estación es rigurosa, cerca de vosotros se encuentran muchos pobres necesitados. Considerad en persona de ellos al niño de Belén, aliviadles segun vuestro poder, y entónces vuestra admiración por las humillaciones de Jesús en su pesebre no habrá sido estéril <sup>1</sup>...

PERORACION. Una palabra más, hermanos míos, y termino. Leemos en los Libros sagrados, que, cuando quiso el Señor dar á Eliséo por sucesor al profeta Elías, encargó á este último manifestase los designios, que tenía Él sobre el primero. Y partiendo Elías de allí, encontró á Eliséo, que araba en un campo en unión de otros compañeros. Arrojó sobre él su manto, para transmitirle el espíritu de profecía y le consagró profeta. — Permitidme, le respondió Eliséo, que vaya á despedirme de mis padres, y luego os seguiré. — Elías le dijo: — Id y volved; he hecho por vos todo lo que de mí dependía. *Quod meum erat, feci tibi* <sup>1</sup>. — Esta historia, amados hermanos míos, podría en alguna manera aplicarse á cada uno de nosotros... Jesucristo nos ha llamado, y ha hecho con respecto á nosotros cuanto de él dependía. Escogiéndonos entre otros, que no han tenido tanta dicha, nos ha adoptado por hermanos suyos, como hijos del Padre celestial y herederos del reino eterno; nos ha llamado por la fé, cubriéndonos con el manto de sus méritos, y vistiéndonos de la túnica de inocencia por el bautismo, inocencia que hemos podido recobrar por la penitencia, si tuvimos la desgracia de perderla. Nos ha dado sus misterios para meditarlos, su gracia para sostenernos, y su cuerpo para alimentarnos. ¿No puede, pues, como el profeta, decirnos: Cuánto de mí dependía, lo he hecho por vosotros? *Quod meum erat, feci tibi.* ¡Ah sí, o Jesús de nuestras almas, nos complacemos en reconocerlo, desde vuestra cuna; os mostráis nuestro Salvador!... Arrodillados, pues, junto á vuestro pesebre, os ofre-

1. Reg., xix, 20.



ce mos con los pastores, nuestros homenages, adoraciones y corazones... Bendecidnos, o divino Niño; bendecid las resoluciones, que hemos tomado el día de vuestro nacimiento... ¡Gloria á vos en vuestro humilde pesebre! ¡Gloria por todas las humillaciones que os habéis dignado sufrir por nosotros! gloria á vos en las alturas! ¡gloria á vos en el tiempo presente y por los siglos de los siglos!... Así sea.

### ALOCUCION

PARA EL PRIMER DÍA DEL AÑO.

#### Empleo del Tiempo.

TEXTO. *Homo, sicut fœnum dies ejus, et tanquam flos agri, sic efflorescit.* La vida del hombre es como la yerba que se marchita, y pasa como la flor del campo (Salm., cii, 14).

EXORDIO. Hermanos míos, el santo rey David compara en sus Salmos la vida del hombre á la yerba de los campos, que crece y verdea durante algunos días, al fin de los cuales se seca y marchita... Como la flor, que aparece lozana por la mañana y se vuelve mustia por la tarde, así son todos los días del hombre sobre la tierra... El hombre durante el primer tercio de su existencia conserva toda la plenitud de sus fuerzas, y goza de perfecta salud! hé aquí la mañana de su vida; es la flor, que presenta su yema llena de sávia á los brillantes rayos del sol, cuando éste nace. Desde los veinte á los cincuenta años es la edad en que el hombre conserva su vigor; es la flor entreabierta, que con toda su hermosura brilla á la luz del medio día. Luego á medida que el sol vá ocultándose, la flor va desmereciendo, y se marchita y muere, siendo otra flor, la que mañana aparecerá en su sitio. Así sucede con el hombre. Cuando llega á cierta edad, se enflaquece, debilita, marchita y muere, y mientras que otro ocupa su sitio en la tierra, su cuerpo, depositado en el sepulcro,

aguarda, que la trompeta del juicio final le despierte para las glorias del cielo ó los tormentos del infierno. Hé aquí la vida del hombre completamente igual á la de la flor ó yerba de los campos...

¡ Ah, el tiempo, amados hermanos míos, pasa velozmente! Es un rio inmenso que corre con rapidez, sin que haya medio de detenerle ni de aminorar su precipitada carrera; y nosotros somos como hojas arrojadas sobre la corriente, que nos arrastra á pesar nuestro; y despues de haber flotado sobre sus olas vamos á parar en sus anchurosos abismos.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. Al considerar la marcha rápida del tiempo y la fragilidad de nuestra vida; al ver que un nuevo año reemplaza al anterior, me parece útil, amados hermanos míos, fijar vuestra atencion sobre el tiempo, que se nos escapa... Quiero, pues, deciros, *en primer lugar*, cual es el precio y valor del tiempo: y *en segundo lugar*; la manera de emplearlo bien, á fin de que no lo perdamos para siempre.

*Primera parte.* Y desde luego, ¿ cuál es el precio ó el valor del tiempo?... Nada más propio, hermanos míos, particularmente en este día que empieza un nuevo año, nada más propio que escuchar la siguiente reflexion: « ¡ Cuán veloz pasa el tiempo! ¡ Ya ha pasado un año! »... En efecto el tiempo corre rápidamente, parece en cierto modo que se escurre de entre nuestros manos. Una hora, un día, una semana, un mes y un año se nos escapan, sin que nos hayamos apercibido. Y, sin embargo, todas estas partes de tiempo tienen su precio y valor. Cada espacio de este tiempo es como un tesoro que Dios nos confia, y del cual tenemos que responder cuando liquide nuestras cuentas... ¡ El tiempo, hermanos míos, es la cosa más preciosa del mundo!... Quizá os sorprenda este pensamiento. Y de hecho, viendo la deplorable facilidad, con que se pierde y se gasta inútilmente, y el desden con que se emplea en las cosas más ó ménos frívolas, no sabréis de pronto comprender, que el tiempo sea tan precioso... Pero, amados hermanos míos, reflexionemos un momento, un minuto. — Este al ménos será bien empleado. — Veamos juntos su valor para con los hombres; y verémos despues el que tiene ante Dios.